

A continuación van a conocer paso por paso el sufrimiento de una persona condenada a su suerte en un hospital público, como consecuencia de una serie de errores encadenados por unos servicios médicos inoperantes e incompetentes. Para no hacer la lectura tan pesada, he dividido el suceso cronológicamente en 20 partes. Es comprensible que tras 53 días en Carlos Haya, tenga mucho que contar.

Conocerán como una patología que pese a su complejidad tiene un alto índice de éxito de curación, se convierte en una muerte aleatoria provocada por unos responsables médicos que jugaron a la ruleta rusa con un ser humano, y todo porque no le dieron la oportunidad de salvarse. Sabrán de primera mano el descontrol que reina entre los diferentes servicios médicos, el autoritarismo de la dirección del centro, y mucho, mucho más que a nadie le deseo sufrir. Ni como paciente, ni como familiar. Ni a los propios responsables de la muerte de mi padre.

Aunque pueda parecer que van a leer un *best seller*, es la mejor manera que he encontrado para contar al mundo una tragedia familiar, de la que no quiero dejar escapar un sólo detalle. Muchas gracias a todos los que lo lean.

## **EL COMIENZO.**

Todo comenzó cuando entrado el mes de septiembre, concretamente el día 3, mi padre abandona su puesto de trabajo debido al malestar que sentía, con fuertes mareos, fatiga y mucho dolor de cabeza. Con el paso de los días estos síntomas fueron creciendo y lo llevamos a un médico privado que dedujo que podría ser una cefalea y que pidiera cita al neurólogo.

Cuatro días después, en la mañana del día 7, mi padre se levantó a duras penas de la cama para ir al baño, donde se desplomó sobre el inodoro. Mientras mi madre llamaba al 061 yo intente reanimarlo, empezando a volver en sí, momento en el que mi madre y yo lo llevamos a su cama. El 061 tardó aproximadamente unos diez minutos en llegar, realizando un reconocimiento a fondo sin llegar a una conclusión de lo que podía padecer, por lo que determinaron que fuera a Urgencias del Hospital Comarcal Costa de Sol de Marbella.

Tras realizarle varias pruebas en urgencias del hospital marbellí, ordenaron su ingreso al ver algo fuera de lo normal, concretamente una mancha en la parte occipital de la cabeza tras efectuarle un tac. Durante los cuatro días posteriores a su ingreso le realizaron todo tipo de pruebas, llegando a la conclusión de que había sufrido una trombosis, exactamente una "fistula arteriovenosa dural occipital". Con el diagnóstico resuelto, tiene que ser intervenido por lo servicios de neurocirugía, pero al carecer el hospital Costa del Sol de este servicio, se ordena su traslado al Complejo Hospitalario Carlos Haya de Málaga capital. Nuestras primeras sensaciones fueron de una "tensa alegría", ya que se había encontrado la patología, descartando un tumor que fue la idea que a todos nos pasó por la mente, añadiendo que sería tratado en Carlos Haya, un hospital

que siempre ha gozado de una fama excelente, sobre todo por su equipo de neurocirujanos.

## **EMPIEZA LA PESADILLA**

El traslado a Carlos Haya se produjo en la mañana del jueves 13 de septiembre, con dos días de retraso porque al parecer Neurocirugía carecía de camas libres. Una vez allí sólo tocaba esperar que los médicos pasaran para dar su opinión sobre los informes realizados desde Marbella y realizar la programación sobre la intervención a mi padre. Algo que relativamente no debía llevar más de 48 horas tras su ingreso y que se convirtió en una odisea incomprensible, ya que sólo debían de realizarle una prueba de contraste, que consistía en algo parecido a un *cateter*.

Al pasar los días y viendo que la información sobre la prueba no llegaba, mi madre se vio obligada a hablar con enfermeros y médicos ante la dejadez y falta de información, y supongo que para callarle la boca le dijeron "que se quede en ayunas que mañana se le realizará la prueba". Y digo lo de callarle la boca, porque al día siguiente con mi padre en ayunas, pasaban las horas y nadie fue a recogerlo a su habitación para llevarle a realizar la prueba. Al ver que eran casi las dos de la tarde y que estaba en ayunas desde la noche anterior, de nuevo mi madre fue en busca de enfermeros y médicos para una explicación, recibiendo como respuesta lo siguiente. "Su marido no esta en la lista de pacientes para realizarle esa prueba".

Indignante respuesta para cualquier paciente al que dejan en ayunas a la espera de realizarle una prueba para determinar como abordar su situación. Pero no sólo esto es lo peor. Es que la misma putada se la hicieron dos veces más!!!!

Ante esto sólo te queda ponerte por las malas y amedrentar a los servicios médicos con denunciar la situación. Pareció dar efecto y la dichosa prueba por fin se realizó el lunes 24 de septiembre.

Imagínense que para una dichosa prueba te torear durante 11 días de esta manera, 11 días con sus 24 horas cada uno ingresado en un hospital a más de 80 kilómetros de tu casa, con la incertidumbre de saber que pasa realmente con tu caso por tal dejadez, pensando si es que te están ocultando información sobre lo que te ocurre, o simplemente la incompetencia de quiénes tienen tu vida en sus manos no hacen nada por ella. Y encima que la consecuencia de esta situación desemboque en que empiezas a desconfiar hasta de tu familia por si saben más de lo que te quieren contar y te encierras en ti mismo creando un mundo aislado del que te rodea. Todo esto sólo puede conducir a una cosa: UNA PROFUNDA DEPRESIÓN. Hay se inició el principio de un trágico final.

## **CADENA DE ERRORES**

El resultado de la prueba de contraste realizada el 24 de septiembre tuvo un resultado satisfactorio para decidir que la patología sufrida por Alonso Valadez sería abordada a través de una embolización, que debían realizar los servicios de Radiología Vasculat, pese a que el paciente se encontraba ingresado en el Servicio de Neurocirugía.

Pese a la situación sufrida de inicio, la intervención se programa para el siguiente viernes 28 de septiembre, más rápido de lo que podíamos esperar. Pero como el sino de mi padre estaba escrito en este hospital, todo se torció el mismo día de la intervención, concretamente minutos antes de que por fin se abordara su patología.

La intervención se produciría alrededor de las 10 de la mañana. Sobre las 10.30, unos diez minutos después de llegar yo desde Estepona, una celadora llega a la habitación de mi padre con una silla de ruedas para llevarlo. Antes de entrar en quirófano, por algún motivo que nadie nos comunica, tiene que pasar por Preanestesia. Mi madre es quien acompaña al servicio de Preanestesia a mi padre, mientras yo quedo en la sala de espera.

A los veinte minutos aproximadamente, veo abrir la puerta de Preanestesia y a mi madre con lágrimas en los ojos, seguida de mi padre en la silla de ruedas que empuja la celadora. La imagen de mi madre alejándose de mi padre hacia una ventana para llorar desconsoladamente es una de las muchas vivencias que no podré olvidar jamás de aquel hospital.

Ante la incertidumbre de lo que había pasado me acerqué nervioso a mi madre para preguntar que es lo que pasaba. Ella llorando me contó a duras penas que la operación había sido suspendida porque uno de los medicamentos que estaba recibiendo mi padre, debían habérselo retirado al menos con ocho días de antelación, y que si lo operaban en ese momento el riesgo de desangrarse y morir en quirófano era muy alto y por tanto habría que esperar unos ocho días para volver a abordar la intervención, una vez dejarán a partir de ese momento de suministrarle esa medicina.

A la indignación de los 11 primeros días en los que le dejaron hasta en tres ocasiones en ayunas para no hacerle la prueba de contraste, se sumaba un nuevo error de bulto a la situación. Y lo peor es que no quedaban más cojones que aguantarse y esperar los ocho días de rigor para que de una vez le atendieran y poder rehacer nuestra rutina de todos los días.

Y sobre todo. Si llevan un parte diario de enfermería en el que están anotadas toda la medicación y estado del paciente ¿Cómo es posible que no se tuviera en cuenta antes, y suspendan la operación minutos antes? ¿A quién hay que responsabilizar del suceso?

## **LA DEPRESIÓN DE UN PACIENTE HUNDIDO**

Si la situación anímica por el hecho de llevar casi un mes de hospitales, la dejadez y desinformación de los equipos médicos y la desconfianza creada en su entorno, la cadena de errores que se iban sucediendo hicieron que mi padre cayera en una depresión que aumentaba con el paso de los días.

A todo esto se añadía que su hijo mayor contraería matrimonio el 27 de octubre, y la suspensión de la operación el viernes 28 obligaba a suspender una boda que llevaba un año preparándose. Sin duda y dentro de ese mundo interior en el que las circunstancias sufridas en Carlos Haya le hicieron encerrarse en sí mismo, él se sentía culpable de que su situación provocase que su hijo mayor tuviera que suspender su boda.

Aunque mi hermano le dijera que no pasaba nada, y que la boda se celebraría sólo cuando el estuviera recuperado, el sentimiento de culpa que creía tener por ello, fue el detonante que lo hundió en una depresión, que fue acabando con él antes que la propia patología que le envió a Carlos Haya.

Durante los ocho días que estimamos que debían pasar para retomar la embolización, la espera se hizo eterna, los médicos pasaban todas las mañanas sin decirle más que los buenos días, y lo eterno del momento le agrió el carácter, sin relacionarse apenas con su mujer, hijos, compañeros de habitación e incluso visitas que recibía. Sólo tenía palabras para maldecir su situación y la de su cárcel y carceleros, el Hospital Carlos Haya.

## **ABANDONADO A SU SUERTE**

Y pasaron los ocho días desde que se estimó que había que esperar para que el medicamento se eliminará por completo del organismo. A posteriori, nadie vino a dar ningún tipo de información. Ante la costumbre de dejadez y desinformación, tuvimos la osadía, de darles dos días de margen de confianza para ver si lo llevaban ya a quirófano, lo que sumaban diez desde la suspensión de la intervención. Pero nada de nada.

La situación se tornaba a insostenible y me ví obligado a despertar del letargo en el que nos habíamos acomodado. El día 8 de octubre y en vista de que ningún médico de los servicios responsables de atender a mi padre me hacían caso, baje a hablar con la subdirección del hospital. Y me atendió el doctor, Don Emilio Montenegro, Subdirector del centro.

Una vez me recibió, le comenté toda la situación que había rodeado lo sucedido con mi padre, y la pregunta final de mi argumentación fue que "por qué no se le había operado después de pasar los dichosos ocho días cuando la operación se suspendió por un fallo de los responsables médicos". La respuesta fue tan simple como fácil de formular: "tenemos muchas urgencias que atender y no se pueden dejar y las horas de quirófano para embolizar son limitadas".

Mi reacción fue algo contradictoria, porque lógicamente si hay casos urgentes, no quiero que sacrifiquen a nadie en mi beneficio, pero por otro lado, ¿qué culpa tiene mi padre de la mala gestión de los recursos del hospital? Y, ¿por qué tiene que ser él quién pague las consecuencias? ¿Es que no ha sufrido lo bastante como para que surja otra excusa para putearlo aún más?

Cuando formulé éstas y otras preguntas, el doctor Montenegro me argumentó que es lo que había, y que mi padre no era considerado ni un caso grave, ni de riesgo ni prioritario. Ante la perplejidad con la que me quede ante tal respuesta le dije que mi padre estaba sumido en una profunda depresión provocada por una serie de errores médicos, que los médicos mostraban un total desinterés y que cada día que pasaba más se hundía por el desconcierto que había a su alrededor.

La respuesta del subdirector de un hospital del calibre de Carlos Haya fue la siguiente: "si su padre tiene depresión por estar aquí, que solicite el alta voluntaria y se marche a su casa, y ya se le llamará para su intervención". Al oír tan despótica respuesta se me cayó el mundo a los pies y salí de aquel despacho sopesando qué podía hacer que estuviera en mi mano.

## **EN BUSCA DE SOLUCIONES**

Pensando qué poder hacer encontré en internet la web de la Asociación del Defensor del Paciente y me puse en contacto telefónico con ellos. Explique todo lo sucedido hasta la fecha y me recomendaron remitir un burofax a la dirección del hospital en el que expusiera y denunciara los hechos, recalcando que todo lo que pudiera suceder en torno a mi padre sería exclusiva responsabilidad del hospital si no tomaban medidas al respecto y que el caso lo pondría en manos de abogados, medios de comunicación y responsables políticos.

El día 9 de octubre, uno después de mi entrevista con el Dr. Montenegro envió el burofax, y al día siguiente vuelvo a Carlos Haya para realizar mi primera reclamación administrativa exponiendo el mismo texto que el remitido en el burofax, para que así se tuviera constancia por las dos vías.

## **LA IMPOTENCIA DEL DESAMPARO**

Justo después de poner mi primera reclamación administrativa en Carlos Haya (10 de octubre) con el mismo texto del burofax, vuelvo a solicitar ser recibido por el Dr. Montenegro. Me recibe y ante la sorpresa de verme allí dos días después de la primera vez, vuelvo a la carga pero con argumentos de peso (al menos eso creía) para que me diera una solución sobre el caso de mi padre.

Le pregunté si había recibido el burofax, contestándome que no, a lo cual yo respondí haciéndole entrega de una copia del mismo. Continúe comentándole

que me había puesto en contacto con la Asociación del Defensor del Paciente, que me instó a remitir ese burofax en el que dejaba claro tras exponer mi argumentación que todo lo que sucediera a mi padre a posteriori sería responsabilidad del hospital, y que si no me daba una solución "ya" pondría el caso en manos de mis abogados, responsables políticos y medios de comunicación.

Si este señor ya me pareció déspota en nuestra primera entrevista, la segunda me confirmó esa sensación. Su respuesta a mis "amenazas" fueron: "Si tienes abogados, llámalos, si conoces políticos, contacta con ellos, y si tienes medios de prensa a tu disposición, utilízalos. Y si pasara algo y un juez dicta que soy culpable, pues iré a la cárcel". Continúo diciendo: "Ya te dije el lunes que estamos saturados de urgencias y no podemos atender a tu padre, porque respecto a estos casos su situación no es ni prioritaria ni grave. Con suerte podrá ser atendido la semana que viene si hay alguna intervención que se cancele".

De nada sirvió que le pintara la situación de mi padre de mil colores, el tío permaneció impasible a todos mi argumentos y me pidió mi número de móvil para llamarme si se cancelaba alguna intervención. Una vez salí de allí y llegué a la habitación de mi padre, aproveché que entró en el baño para romper a llorar ante mi madre por la impotencia que sufrí en aquel despacho. Cuando salía mi padre del baño, mi madre me dijo que me secara las lágrimas para que no me viera y que salieramos fuera para que le contara.

Pero lo que más impotencia me provocó fue el ver la situación en la que se hundía mi padre, que al saber que venía de hablar con el subdirector me dijo una cosa que ya me comentó en ocasiones anteriores en su permanencia en el hospital: "No trates de hablar con esta gente, porque si encima te pones por las malas lo único que vas hacer es que me jodan más aún." Aunque pueda parecer increíble, mi padre tenía miedo a sufrir represalias del hospital!!! Lo único que se me ocurrió contestarle fue "Papá, no creo que te puedan joder más de lo que estas". Encima me equivoqué totalmente.

## **EL DESTINO NO AVISA**

El mismo miércoles 10 de octubre, alrededor de las 15.15 recibo una llamada al móvil; era el Dr. Montenegro. Me dijo que se había cancelado una intervención de las declaradas urgentes (por motivos que desconozco) y que la embolización de mi padre ya tenía fecha: 17 de octubre, justo una semana después.

Le trasladé la noticia a mi padre, al que la incertidumbre de no saber nada se lo había comido, creyendo yo que al haber una fecha concreta por fin ya podía estar tranquilo, aunque hubiese una semana de por medio. El pesimismo se había adueñado de él y ante mi moderada alegría por saber que ya había una fecha confirmada su reacción fue: "Sí ya, eso estará por ver. Llevan todos los días diciendo que cuando halla un hueco me cogerán..."

El viernes 12 de octubre me quedé con mi padre para que mi madre, descansara al menos una noche en casa, porque no había manera de separarla de allí ni un sólo momento. Supongo que es esa fuerza especial que sólo las madres son capaces de tener en situaciones extremas. Así que mi hermano y yo hacíamos un fin de semana cada uno, además de ir algún día entre semana a estar con nuestros padres.

Ese fin de semana fue el último que compartí con mi padre "entero de pies a cabeza" pese al motivo que allí lo tenía ingresado. Aunque me costaba sacar un tema de conversación que durase más de cinco minutos hablé con él de fútbol, de trabajo, de como esta la vida, de uno y de otro, y hasta conseguí sacarlo de la habitación para que se paseara por los pasillos. Cuando el sábado 13 por la tarde llegó mi madre y yo me disponía a regresar a Estepona, me despedí de mi padre con el último beso que me pudo dar en vida. Jamás pude pensar que sería el último.

## **CUANDO TODO VA MAL... SÓLO PUEDE IR A PEOR**

Mi hermano acudió a visitarle el domingo 14 de octubre y al igual que yo un día antes, el también se despidió de nuestro padre sin pensar que sería la última vez que lo haría con él consciente.

El lunes 15, llame a mi madre a las 22.00 horas para ver que tal había pasado el día *nuestro viejo*. Me dijo que tras la cena (media hora antes de llamar) se puso muy inquieto e intranquilo, que le había dado como un espasmo con los ojos abiertos como platos quedando totalmente desorientado. Entraron los enfermeros y le pusieron un tranquilizante, pero la cosa no pintaba bien. Le dije a mi madre que si tiraba para Málaga de isofacto, y me dijo que no, que ya estaba en la cama algo relajado tras la intervención de los enfermeros.

A la mañana siguiente, alrededor de las 10.00, mi madre me llama por teléfono y me dice que vaya para Málaga, que a mi padre le ha *entrado algo raro* y que ha pasado un desfile de médicos para ver de que se trata, pero que no dicen nada. Salgo para Málaga y cuando llegó al hospital, encontré la imagen que ni un sólo hijo le gustaría ver en su vida. Vi a mi padre con las muñecas atadas a los barrotes de la cama, forcejeando contra los mismos con intención de levantarse, no gesticulaba palabra alguna, sólo gemidos y quejidos, los ojos abiertos como platos con la mirada desorientada.

Media hora después llega mi hermano al hospital y los nervios comienzan a agravar más la situación. Salimos al pasillo donde los médicos debaten que es lo que ha podido suceder, a lo que interrumpimos bruscamente en busca de una respuesta. Entonces, uno de los médicos comete el peor error que podía tener en ese momento. Su argumento a la situación con el que nos contesta es: "Mmmm... verá... Eeee... Es que su padre ha tenido muy mala suerte..."

Hiiiijo de puta!!!! Tiene la desfachatez después de todo lo que mi padre lleva sufrido por una cadena de errores médicos de decirnos que lo que a mi padre le estaba ocurriendo era producto del infortunio!!! En ese momento sólo se me pasó por la cabeza reventarle la boca, pero entre que conté diez y el único médico de los allí presente echó un par de huevos y nos cogió a mi hermano y a mí para llevarnos a su despacho, creo que no cometí un error del que podía arrepentirme pese a que si le hubiera agredido me hubiera quedado satisfecho.

## **EL HOSPITAL CONTRA LAS CUERDAS**

Fue el Dr. Ibañez quien nos llevó a mi hermano y a mi a su despacho. Nos explicó que mi padre había sufrido una crisis epiléptica provocada por un cuadro de infecciones intrahospitalarias, las cuales estaban aún por determinar. De las posibles infecciones que había contraído se manejaba la posibilidad de que fuera neumonía, difteria y meningitis, entre otras que también aparecerían al final, y que se confirmaron tras los resultados de los cultivos extraídos a mi padre.

El Dr. Ibañez nos reconoció además (y eso le honra) a que no se obró bien con mi padre, que estaba al corriente de todo lo acaecido y reconoció que hubo algún fallo aunque no entró en detalles de determinar cuáles. Nuestra única pregunta era si mi padre saldría de esta, y su respuesta fue que era probable aunque sería muy lentamente.

Encima todo esto ocurre un día antes de la operación, la cual acaban cancelando ordenando el ingreso de Alonso Valadez en la U.C.I. el mismo día 17 de octubre, para tratar las infecciones hospitalarias que contrajo.

La pesadilla vivida hasta el momento era una broma pesada en comparación con la que se avecinaba. Con mi padre en la U.C.I. nos veíamos obligados a tener que ir y venir todos los días de Estepona a Málaga y viceversa, estando todo el día en una sala de espera para verlo de 13 a 14 horas y el posterior parte médico, y luego de 20.00 a 21.00 horas.

El hecho de que mi padre acabase en la U.C.I. después de que denunciase a todas las instancias del hospital su situación, hizo temblar los cimientos del mismo, ya que "no era un caso ni grave, ni prioritario" y "si tiene depresión, que se vaya para su casa". Jamás olvidaré esas palabras y espero que algún día un juez las condene.

## **LA GUERRA POR MI CUENTA (I)**

En vista de que sólo nos quedaba esperar la evolución de mi padre, que según pasaba la primera semana en la U.C.I. era muy lenta, me dediqué a lo que yo entiendo como "Ir a tocar los cojones". Dicho y hecho. Solicité una nueva reunión con el Subdirector, Dr. Montenegro (la tercera) y comprobar ahora que



la situación se había agravado cual era su criterio. Es decir, si tenía el valor de volverme a repetir lo de las dos veces anteriores.

Para mi sorpresa, su recibimiento fue cordial aunque metiendo la pata a la primera. Al entrar a su despacho derrochó amabilidad al saludarme preguntándome "Hola, ¿Cómo se encuentra su padre?" Ante mi incredulidad le solté; "Cuando no lo sabe usted que Dios le pille confesado". Fui directo al grano y le dije "y ahora qué tiene que decir?". Más suave que un guante cambió todo el discurso déspota, negando que fuera él quien entendiera que mi padre no fuese un caso grave ni prioritario, ya que él se dedicaba exclusivamente a coordinar los planes de actuación según la prioridad que los jefes de los servicios médicos le indicaban.

En otras palabras, le estaba echando el marrón a otro. Como mi única intención era hablar con el máximo responsable de lo sucedido le dije que si él no era el responsable que quería hablar con quien lo fuera, y no dudó ni un segundo en decirme que la responsabilidad era del Dr. Miguel Ángel Arraez, jefe de los Servicios de Neurocirugía, siendo un médico de gran prestigio en su ramo, todo sea dicho de paso. Y como no dudó ni un segundo en exculparse, tampoco dudó en coger el teléfono, llamar al Dr. Arraez y decirle que el hijo del paciente tal iba hacia su despacho para tratar el tema. Salí de allí y esa fue la última vez que me vi con el Subdirector Dr. Montenegro.

## **LA GUERRA POR MI CUENTA (II)**

El Dr. Miguel Ángel Arraez me recibió muy cordial en su despacho, aunque indicándome que me recibía por los pelos porque se estaba ya marchando a un congreso en la Universidad. Así me gusta a mí, ocupando la mañana en seminarios y polladas en lugar de operar *casos graves y prioritarios*. Pero bueno...

Antes de nada me quiso matizar dos cosas respecto a mi primera reclamación interpuesta en el hospital. La primera que lo que había que hacerle a mi padre no era ni una operación, ni una intervención quirúrgica ni tan siquiera una intervención. Lo que a mi padre había que hacerle se consideraba un "procedimiento" (a secas). Es decir, mientras mi padre llevaba jodido más de cuarenta días en su hospital sin que nadie le tuviera ningún tipo de consideración, a este doctor lo que más le importaba eran los conceptos erróneos en mi reclamación, omitiendo que yo no soy médico y por tanto, los tecnicismos médicos me quedan grandes, pero al menos redacté de tal forma que se me entendiese.

La segunda cuestión es que el "procedimiento" a realizar a mi padre no dependía de los servicios que dirigía (Neurocirugía) sino que la embolización era responsabilidad y decisión del Jefe de Servicios de Radiología Vascul, el Dr. Jaime López Ojeda, al que había instado mediante un escrito a que un paciente de su planta estaba esperando a ser atendido por sus servicios. Este escrito lo remitió a la oficina del usuario, en el cual responsabilizaba al Dr.

López Ojeda del caso de mi padre, invitándome a bajar a la Gestoría del Usuario a leer su escrito en respuesta al mío.

Cuando bajé a la oficina del usuario, el chico que me atendió, Daniel Moreno, me dijo que el Dr. Arraez había remitido tal escrito a petición de la propia oficina del usuario, pero que no me lo podía mostrar porque ese escrito antes tenía que ser valorado por una comisión interna. En otras palabras y según me dijo esta persona que me atendió, este tipo de casos, cuando implica a algún médico que remite un escrito, éste debe ser leído antes por una comisión que si entiende que lo redactado pone en tela de juicio la actuación de los servicios médicos del hospital, debe ser modificado.

Para que nos entendamos mejor, si en verdad el Dr. Arraez responsabiliza del retraso del "procedimiento" al Dr. López Ojeda y de las consecuencias de la dejadez o el criterio para atender a los pacientes, esta comisión se encarga de que un escrito así de comprometedor sea trastocado.

### **LA GUERRA POR MI CUENTA (III)**

Ya sólo me quedaba hablar con el Dr. López Ojeda, el que según me indicaban sus propios compañeros, era el responsable absoluto de que no intervinieran a mi padre. Tras recorrer pabellón y medio del hospital, (que por cierto, es un puto laberinto) y preguntar a varias personas de bata blanca donde estaba Radiología Vascular, conseguí dar con la administración del mismo. Para mí sorpresa, (gran sorpresa), la reacción de las tres mujeres de administración que allí se encontraban me dejaron perplejo. Al decir que era el hijo de Alonso Valadez, las tres se levantaron como un resorte de sus asientos, dirigiéndose hacia mí con todo el interés del mundo, preguntando como se encontraba mi padre y cuanto sentían todo lo sucedido.

Cuando acabaron los protocolos, pregunté si el Dr. López Ojeda estaba y si me podía atender. Una de ellas me dijo que no sé qué días tenía que estar en el Hospital Civil y que cuando estuviera por allí me llamarían. Nunca llegué a verme con él. Más que nada porque ni se dignó a recibirme, ni cuando fui de segundas a ver si estaba, seguía en otras ocupaciones.

Así pasaron los días, y seguía estrujándome la sesera para seguir con lo que denominé "Ir a tocar los cojones". Mientras tanto la evolución de mi padre en la U.C.I. era lenta pero favorable. La neumonía que contrajo en el mismo hospital provocó que le tuvieran que hacer una traqueotomía, para que pudiera respirar. Tal y como me lo describía mi madre tras las horas de visita, entubado e hinchado me impidieron sacar valor para entrar a verlo en horario de visita. Sólo mi madre, mi hermano y los hermanos de mi padre se atrevían a entrar. Yo era incapaz de verlo así.

## **EL MIEDO DE CARLOS HAYA**

El miércoles 31 de octubre, desde la U.C.I. y durante el parte médico diario, nos comunican que la embolización a realizar a mi padre se programa para el lunes 5 de noviembre. El problema era tal que los médicos de la U.C.I. desde el primer día que entró allí nos dijeron que la embolización no se podía hacer mientras las infecciones no remitieran y que al menos habría que esperar del orden de 20 a 25 días.

Los propios médicos de la U.C.I. ante nuestra sorpresa por querer adelantar la intervención, nos dijeron que se adelantaba porque la familia estaba presionando para ello. O sea, interpretaron que mis reuniones con Montenegro, Arraez, Moreno y la no consumada con López Ojeda era porque pedíamos que operasen de una vez a mi padre.

Es decir, Alonso Valadez permanece en una habitación de Carlos Haya 33 días ingresado esperando a una operación que no llega por una serie de errores. Tal desconcierto provoca en el paciente una profunda depresión y su ingreso en la U.C.I. provocado por infecciones intrahospitalarias, las cuales no se ha traído de su casa metidas en el bolsillo del pantalón, no. Son las que contrajo allí después de permanecer el tiempo que a la dirección del hospital le salió de los huevos. Y cuando voy a pedir explicaciones a los responsables, vuelven a exponer la vida de Alonso Valadez adelantando la operación haciendo caso omiso de las recomendaciones de la U.C.I., porque los muy cobardes se ven contra las cuerdas, sin argumentos ante el desagravio que han provocado, y sólo tienen la triste y falsa excusa de que hay que operar porque la familia lo esta exigiendo. Lo digo muy claramente... HIJOS DE PUTAAAA!!!!

Después de explicarle esto mismo al médico de la U.C.I. que nos transmitió el a la postre "malentendido", nos comunica que desde la propia U.C.I. se plantean dos disyuntivas con sus consecuencias en cuanto a operar ya, o posponerla varios días más. La cuestión es la siguiente. Si se pospone la operación, mi padre corría el riesgo de sufrir un derrame cerebral. Si se adelanta sin que las infecciones hallan remitido en su totalidad, estaría expuesto a que estas se agravaran y no pudiera reaccionar ante las mismas. Finalmente se fija la operación para el jueves 8, ganando tres días más respecto a la evolución de las infecciones.

El viernes 2 de noviembre, interpongo la segunda reclamación administrativa al hospital, desmintiendo que la familia presionase para operar ya y parte de lo dicho anteriormente.

## **CRÓNICA DE UNA MUERTE ANUNCIADA**

Fraseando a Gabriel García Márquez, el título de una de sus obras puede servir para ilustrar el trágico final de mi padre. El sábado 3 de noviembre, alrededor de las 16.00 recibo una llamada de mi hermano, que se encargó de llevar a mi madre a Málaga ese día. Me dijo lo siguiente "Vente para el hospital,

tranquilo y sin prisas, que es que Papá ha sufrido una crisis... No te pongas nervioso y no corras por la carretera".

A las 14.00 horas aproximadamente, mi padre había sufrido un derrame cerebral el cual tuvieron que intervenir de urgencia realizándole un drenaje. El tan temido derrame cerebral que podía sufrir a consecuencia de la patología que lo ingresó en Carlos Haya, la misma patología que no era ni grave ni prioritaria, hizo su aparición, para llevárselo.

A las 17.30 mientras aguardábamos en la sala de espera con el corazón encogido, la doctora de la U.C.I. nos comunica que el drenaje no ha surtido efecto y que las esperanzas de recuperar a mi padre eran escasas, nulas prácticamente. A las 19.00, una hora antes de las visitas en U.C.I. llaman a los familiares para comunicarnos que Alonso Valadez a falta de recibir dos pruebas por confirmar ha sufrido una muerte cerebral. Las dos pruebas no llegaron hasta la tarde del domingo 4, cuando llaman a mi móvil para que subamos a la U.C.I.. Allí, en un minúsculo despacho, nos comunican a los hijos, esposa y hermanos que las pruebas que se esperaban certificaban una muerte cerebral y que podíamos pasar a despedirnos ante él antes de ser desenchufado de la máquina que permitía darle los últimos suspiros a su corazón.

Prefiero reservarme y no contar lo que pasó allí dentro, en el momento de la despedida. Sólo el hecho de escribir estas últimas líneas hacen que mis palpitaciones se multipliquen y un cúmulo de sensaciones hagan que se me salten las lágrimas.

## **COMIENZA NUESTRA LUCHA**

La lucha que emprendimos la familia de Alonso Valadez no comenzó hasta después de darle el último adiós. A día de hoy tengo la sensación de que podía haber hecho mucho más. Justo lo que iniciamos una vez falleció. Denunciar ante un juez todo lo sucedido tal y como lo describo en esta página web, ponerlo en conocimiento de los medios de comunicación y pedir explicaciones a responsables políticos.

Algunos podrían pensar que me estoy metiendo en un callejón sin salida, que me voy a estrellar contra un muro de hormigón, o el típico tópico de David contra Goliat. Pero a mi entender, igual que los médicos que fueron responsables de mi padre ejercieron de brazo ejecutor, los políticos son los culpables en la sombra de toda negligencia médica que ocurra. Ellos son quienes eligen a sus comisarios políticos en las altas esferas de dirección de un centro hospitalario, quienes hacen y deshacen. Los que han montado un sistema obsoleto, que permiten que ocurran situaciones como las de mi padre y similares.

Hacia este conjunto de responsabilidades va dirigida nuestra lucha. Por estadística, las negligencias que son reconocidas como tal judicialmente, tiene como contraprestación una compensación económica. Es lo fácil para subsanar

el error. Pero que pasa con los médicos negligentes. ¿Son intocables por ser quienes son? Para mí la única justicia es que los responsables de la muerte de mi padre paguen por ello, y para mí la mejor manera es que no vuelvan a ejercer la medicina nunca más, para que su dejadez, falta de interés y de profesionalidad, y su deshumanización no la vuelva a sufrir ni una sola persona más. Ni una sola familia más.

El Dr. Montenegro apostilló en una de las reuniones que mantuvimos, "... si pasara algo y un juez dicta que soy culpable, pues iré a la cárcel". Tampoco quiero eso, aunque si sucediera, dormiría más tranquilo aún.

## **DENUNCIA Y MEDIOS DE COMUNICACIÓN**

El día 5 de diciembre de 2.007, un mes después del fallecimiento de Alonso Valadez, su familia a través de su abogado con el que durante todo el mes habían redactado escrupulosamente la demanda (como en este diario), interponen la denuncia ante el juzgado número tres de Málaga contra el subdirector del centro, el doctor Montenegro, el jefe de servicio de neurocirugía, el doctor Arraez, y contra el jefe de servicio de radiología vascular, el doctor López Ojeda, por un presunto delito de omisión del deber de socorro y un presunto delito de homicidio imprudente.

De inmediato la noticia salta a través de Agencia EFE, a los diarios de carácter local, provincial y regionales, radio (Cadena Ser, Onda Cero, entre otras) y es recogida por la gran mayoría de diarios digitales. En televisión a nivel nacional el espacio de TVE "Gente" muestra las declaraciones de la familia en su domicilio.

Hay elecciones a escasos tres meses vista y la noticia se antoja incomoda para los políticos que tienen que vender su programa de sanidad a los electores. Una vez hecho publico lo sucedido con Alonso Valadez, la gerente del Carlos Haya, Mari Ángeles Prieto, señaló que no tienen constancia de la denuncia interpuesta por la familia de Valadez, al tiempo que defendió que el procedimiento llevado a cabo "fue correcto". En este sentido, aseguró que cuando se produce "un efecto adverso, el centro revisa todo el historial y abre una investigación para esclarecer las causas". Por ello, matizó, están a disposición de que se les solicite por parte de la Justicia.

Ahora hablo yo. En su patética defensa, la gerente de Carlos Haya, Mari Ángeles Prieto, cuya gestión ha sido la más criticada de toda la historia del hospital malagueño por diversas actuaciones, afirma que "defiende que el procedimiento llevado a cabo fue correcto". Es decir, si usted ha sido capaz de leer todo lo que he redactado al detalle para que se hagan una idea de lo que tuvo que sufrir mi padre para morir y el sufrimiento de su familia, y entiende que todo ocurrió por el "procedimiento correcto" según el criterio de la dirección del hospital, usted no entra en Carlos Haya aunque de eso depende su vida. ¿O sí?

## **EL TOQUE A LOS POLÍTICOS**

El 7 de diciembre remití burofax con acuse de recibo a "Dña. María Jesús Montero Cuadrado, Consejera de Salud de la Junta de Andalucía" solicitando que me atendiera en una cita para exponer todo lo acaecido sobre Alonso Valadez y la postura de la administración ante sucesos de esta índole.

Dos semanas después recibo una llamada del gabinete de asesoría de la consejera, concretamente de Carlos Moreno. Me comenta que ha recibido el burofax y que me atenderán gustosamente, pero que la Consejera de Salud por motivos de agenda no podrá recibirme, y que ellos como asesores de su gabinete me atenderán. Mi respuesta fue de agradecimiento a su respuesta, la cual he de reconocer que no esperaba, aunque me encelé hasta en quince ocasiones en decirle que si no era con María Jesús Montero no me interesaba ser recibido por nadie. Viendo que no había más vuelta de tuerca y que me tenía que conformar con su propuesta, acepté ir a Sevilla a la Consejería de Salud el día 16 de enero de 2.008.

## **CITA EN LA CONSEJERÍA DE SALUD**

Y llegó el 16 de enero. Viajé de Estepona a Sevilla haciendo 230 kilómetros sabiendo que sólo expondría el suceso con todo detalle, y que cuando llegaran las preguntas recibiría la llamada por respuesta. Aún con esa convicción me dio igual hacer el viaje, mi única intención era demostrar que mi familia va a pelear contra viento y marea por esclarecer los hechos y hacer justicia.

Tras esperar unos 20 minutos en una sala, me recibía Carlos Moreno junto a otra compañera (cuyo nombre no recuerdo ahora) siendo los asesores del gabinete de la consejera que me atenderían. Entramos en un salón de reuniones y los dos se sentaron frente a mí. Como calculé hablé y hablé y hablé, hasta terminar de contar todo lo que aquí he expresado. Y cuando llegaron las preguntas... A todas mis inquietudes respondían gesticulando con brazos, hombros y cara. Lo más que pudieron decir es que sentían escalofríos ante mi exposición y que no querían ni imaginar por lo que pasó mi padre y su familia.

Pero a todas mis preguntas se escudaban en que había proceso judicial abierto y que no se podían pronunciar al respecto. La única pregunta que tuvieron valor de contestar con sinceridad fue cuando dije "Sí un juez me diera la razón ante lo ocurrido, ustedes tendrían mucho que contar y mucha mierda que soportar, verdad?". Su respuesta fue clara, "la verdad que si eso ocurre tendremos muchas explicaciones que dar y muchos palos que aguantar".

Cuando salí de la cita, me despedí de Carlos Moreno asegurándole "que iba a estar tocando los cojones todo lo que pudiera" y que tenía entre manos una página web en la que contarle todo y para que lo cuenten todo acerca de las negligencias que en Carlos Haya suceden. Porque han convertido uno de los

mejores hospitales de España, en una pesadilla para sus usuarios. ¿O es que mi padre fue un caso aislado? Yo creo que no. y que no fue un caso de un millón, sino uno de cada diez.

## **ASÍ ESTA LA COSA**

El pasado 24 de marzo nos llamaron a los denunciantes; mi madre, mi hermano y yo a ratificar la denuncia, cosa que hicimos sin ningún tipo de vacile. Lo último que sé a finales de mayo de 2.008 es que el juez ha remitido el caso al Instituto de Medicina Legal y ahí sigue la cosa.

Somos conscientes de que este caso puede durar como mínimo entre cuatro y cinco años, pero al menos yo, tengo todo el tiempo del mundo para esperar. Mi padre no puede decir lo mismo. El estado anímico de desgaste que provoca esta lucha no tiene parangón con el que sufrimos viendo como nos arrebataban a nuestro padre.

Las secuelas de lo que hemos sufrido hasta hoy me las reservo para la familia, porque una tragedia de este tipo afecta de muchas maneras. Lo estamos llevando como podemos, cada uno a su manera. En mi caso sólo diré que la última imagen que tengo antes de dormir es la de mi padre, y al que le acabo prometiendo que peharemos por hacer justicia. Y pienso vivir para verlo.

Muchas gracias a todos los que habéis leído mi historia. Ahora sólo os pido que si o sentís identificados con algo de lo contado, no calléis y denunciarlos. Porque el silencio de tu tragedia puede provocar que se repita. Yo sólo quiero que se haga justicia para que nadie sufra lo que sufrió mi padre para morir y el sufrimiento de los que le vieron desaparecer.